

1812.

puesto en breve fin á ella. Pero en este caso, las victorias no hacían más que multiplicar y esparcir en una superficie mayor los elementos de la guerra, y sacando ésta, como acabo de decir, sus recursos del desorden, cuanto mayor era éste, tanto más aquella se encendía y propagaba. El país, entre tanto, se consumía y arruinaba, y el Gobierno, obligado á hacer gastos excesivos para cubrir tan multiplicadas atenciones, se iba encontrando cada vez más exhausto de recursos, y tenía que hacer uso de medios violentos para proporcionárselos. El envío de tropas de España, tan repetidamente pedidas por los españoles residentes en Méjico, se iba haciendo de una manera que no podía producir un efecto decisivo y momentáneo, siendo, sin embargo, de gran utilidad al Gobierno, pues fueron las únicas que defendieron la provincia de Puebla durante el sitio de Cuautla, y contribuyeron también á formar éste.

»El Virey, en medio de tantas dificultades, hacía frente á la revolucion por todas partes; sus tropas, algunas veces derrotadas, pero casi siempre victoriosas, suplían con su valor y con la actividad de sus movimientos al número, que era escaso para atender á tan vasta extension de terreno. El uso de la guerra había ido formando y dando á conocer jefes capaces de mandar con acierto. El mismo Virey desde la capital atendía á todo, reprimiendo al propio tiempo, por su vigilancia, los movimientos que pudieran haberse excitado en ella; pues aunque fuese el foco principal de la revolucion, los que desde ella la fomentaban, tenían que reducirse á medios muy indirectos, ya mandando algunos artículos á los periódicos de Tlalpujahuá, ya sorprendiendo alguna vez á los censores de imprenta, para insertar en el *Diario* la Constitucion de los Estados-Unidos, con una excitacion á los mejicanos para imitarla, y ya esparciendo noticias falsas ó alarmantes;

1812.

pero todo estaba contenido con la mano fuerte de la autoridad, y más con el temor que con el escarmiento, porque es justo decir que no había habido excesiva severidad, ni había sido Méjico ensangrentado con frecuentes ejecuciones. El Gobierno, pues, luchaba en todas partes, y luchaba con ventaja, aunque el desacierto de no perseguir con empeño á Morelos había dejado en pié á su principal enemigo, é iba á obligarlo á abrir nueva campaña, aventurando el éxito de la guerra, que en gran parte dependía de su pronta terminacion.»

Al mismo tiempo que Méjico, toda la América continental española se hallaba en revolucion: «Los triunfos de las tropas reales habían podido reprimirla y contenerla, mas el gérmen existía siempre, y era muy probable que volviese á desarrollarse presentándose la ocasion. Acababa de pasarse y aún se estaba pasando por una terrible prueba, pero habían resistido á ella las instituciones creadas en la conquista, conservadas y mejoradas por tres siglos de experiencia; á ellas debía el Gobierno el respeto que gozaba, la obediencia que había encontrado en las tropas, los recursos que sacaba de la riqueza y prosperidad á que el país había llegado. Sin embargo, este momento de crisis fué el que las Córtes reunidas en Cádiz escogieron, para echar por tierra esas mismas instituciones, cuya solidez acababa de probarse; cuya estabilidad había podido resistir á tan recios vaivenes, y para socavar esa autoridad, cuyo respeto había podido conservarse en tan deshecha tormenta, y defenderse á sí misma y á la Corona, sin más tropas ni recursos que los que ministraba el país. Estos fueron los resultados de la publicacion de la Constitucion política de la Monarquía española, proclamada en Cádiz el diecinueve de Marzo de 1812.

## CAPÍTULO IX.

Publicación de la Constitución, y de los indultos concedidos por las Cortes.—Establecimiento de la Constitución.—Libertad de imprenta.—Demora en su establecimiento.—Diversas opiniones sobre este asunto.—Establecimiento por fin.

El seis de Setiembre llegó Llano de Veracruz á Méjico con el convoy y la correspondencia, entre la cuál recibió el Virey la Constitución (1) y la orden para publicarla. El treinta, reunidos en el salon principal del Palacio la Audiencia, el Ayuntamiento y las demás autoridades y corporaciones, hicieron el juramento de cumplir la Constitución. Se publicaron los dos indultos concedidos por las Cortes, general uno y otro á los militares desertores, y los bandos necesarios para ir adaptando todo al nuevo orden de cosas; y no se olvidó poner el indispensable nombre de «Plaza de la Constitución» á la de la Catedral, que no por el nuevo bautismo perdió el antiguo.

A pesar de haber reglamentado las Cortes la libertad de imprenta, por un decreto de diez de Noviembre de 1810, y de haber pedido el canónigo Ramos Arizpe, en la sesion de dieciseis de Enero de 1812, que inmediatamente se diera orden al Virey para que sin demora se estableciera, no había llegado á tener efecto. No ocuparé la atencion del lector con los pormenores de las consultas que, con motivo de esta orden, dirigió el Virey á todas las autoridades; me limitaré á referir las opiniones de algunas. Se oponían enteramente á la libertad la Audiencia, el Cabildo metropolitano, los Obispos, ménos el de Oajaca, el general Cruz, y los Intendentes de Guanajuato, Oajaca, Potosí, Yucatan y Zacatecas, que preveían sus funestas consecuencias, porque sería un medio más y muy poderoso de que se propagara la revolucion; estuvieron en favor de su establecimiento el Obispo de Oajaca y los Inten-

(1) En el Apéndice núm. 4 está la lista de los diputados mejicanos que la firmaron.

denes de Guadalajara, de Veracruz y de Valladolid. Este último opinaba en favor de la libertad de imprenta, en el supuesto de que la Junta de Censura tenía facultad para castigar severamente á los que escribieran papeles sediciosos; pero no había llegado á permitirse cuando se recibieron la Constitución y una orden de la Regencia, de seis de Febrero, para que se estableciera, á consecuencia de la proposicion de Ramos Arizpe. Cumplió el Virey con lo mandado, y el cinco de Octubre prestaron juramento los individuos de la Junta de Censura, cuyos presidente y vicepresidente eran el arcediano Beristain, mejicano, y el propietario Don José María Fagoaga, español, pero muy afecto á la independencia.

Continuaba Morelos en Tehuacan disciplinando sus tropas; para hacerse de víveres de las haciendas inmediatas, destacó con trescientos á cuatrocientos hombres á Trujano, que llegó el cuatro de Octubre al rancho ó cortijo de la Virgen, en cuyo punto fué sorprendido el dia cinco por el teniente coronel Don Saturnino Samaniego, que llevaba trescientos hombres y un cañon ligero. Se refugió Trujano con su gente en la azotea del rancho; pero habiéndole pegado fuego á la casa los realistas, quiso salir á viva fuerza por entre éstos, y cayó muerto de dos balazos. Era mulato y arriero; la revolucion, sacándole de esta humilde profesion, lo dió á conocer como hombre que tenía todas las calidades que se necesitan para la guerra.

Habiéndose reunido un convoy en Amozoque cerca de Puebla, para ir á Perote y Jalapa, á las órdenes del brigadier Porlier, se puso en marcha éste con mil quinientas mulas cargadas, nueve coches y cinco literas de pasajeros. Cerca de Ojo de Agua le atacó Morelos, que fué rechazado perdiendo tres cañones y muriendo el cura Tapia. Morelos logró reunir y rehacer su gente,

Muerte de Trujano.—Sus principios.—Accion de Ojo de Agua.—Muerte de Tapia.—Es batido Morelos.

1812.

al abrigo de una altura, y se retiró á Tehuacan, habiendo conseguido el intento principal de su movimiento, que era recoger ciento y tantas barras de las doscientas cincuenta tomadas en Pachuca por Serrano el veintitres de Abril, como recordará el lector.

Entra Morelos en Orizava.—Fusila á los oficiales prisioneros.—Quema el tabaco del Rey.—Importancia de la pérdida de Orizava.

El veintinueve de Octubre se apoderó de Orizava Morelos con mil doscientos hombres, despues de haberla defendido dos horas el coronel Don José Antonio Andrade, mejicano, que, perdida mucha parte de su gente, abandonó la villa, dejando seis cañones y porcion de armas. Los oficiales que cayeron prisioneros fueron pasados por las armas. En apoderarse de Orizava había tenido por objeto Morelos privar al Gobierno de los recursos que le proporcionaba el tabaco que allí había, del cuál se llevó doscientos cajones, mandando quemar el resto. La pérdida que sufrió el Gobierno fué muy considerable, aunque Morelos la exageraba demasiado, pues la hacía subir á catorce millones de pesos.

Es batido Morelos en las Cumbres de Aculcingo.—Es de poca importancia este suceso.

Había marchado en persecucion de Morelos el teniente coronel Don Luis del Aguila, con mil doscientos cincuenta hombres y tres piezas de artillería; se encontró el primero de Noviembre en las Cumbres de Aculcingo con Morelos, que la víspera había salido de Orizava para Tehuacan. Derrotó Aguila á su enemigo, pero no fué de grande importancia el triunfo, pues al dia siguiente recogió Morelos quinientos de los dispersos, y entró con ellos en buen orden en Tehuacan, salvando casi todos los fusiles, que era lo que más le interesaba. Ocupó Aguila á Orizava sin resistencia.

Ataque y toma del fuerte Liceaga por Iturbide.—Marcha Morelos á Oajaca.

Derrotado Liceaga por el teniente coronel Iturbide en el Valle de Santiago, se retiró á la laguna de Yurira en que hay dos islotes de poco más de ochocientos metros de circunferencia el uno, y el otro algo ménos, los cuáles unió Liceaga por medio de una calzada de tres varas de ancho; estaba defendido todo por una cerca de

1812.

piedra de dos varas de alto, una estacada entretrejida con espinos y había ciento treinta y cinco merlones. A esta fortificacion le dió su nombre Liceaga; pero luego que se acercó el peligro se retiró, dejando el mando al clérigo Don José Mariano Ramirez, con doscientos hombres. Atacado el fuerte en la noche del treinta y uno de Octubre al primero de Noviembre, se posesionó de él Iturbide y mandó fusilar en Irapuato á Ramirez y á otros cuatro, entre ellos un Nelson, inglés, que había dirigido la construccion de las fortificaciones.

No se detuvo más que una semana en Tehuacan Morelos, á fin de dar lugar á que se le reunieran el cura Matamoros con dos mil quinientos hombres, y con otros dos mil Don Miguel Bravo; tenía además Morelos los quinientos que había reunido en la dispersion de las Cumbres, como se deja referido. Con estos cinco mil hombres, cuarenta cañones, y habiendo nombrado su segundo á Matamoros, se puso en camino para Oajaca el diez de Noviembre, haciendo dudar con astucia de su verdadera direccion.

Don Nicolás Bravo, á quien Morelos había dado el mando de la provincia de Veracruz, se presentó el once á la vista de Jalapa, ocupando las entradas y las alturas que la rodean. Mandaba la plaza Don Antonio Fajardo, sargento mayor del regimiento de Veracruz, el cuál luego que se presentó el enemigo, quiso ceder el mando al brigadier Porlier que iba á embarcarse á Veracruz, ó á Don Francisco Hévia, coronel del regimiento de Castilla; pero lo rehusaron ambos jefes y auxiliaron sus operaciones. Duró la accion desde la madrugada hasta las diez de la mañana, á cuya hora se retiró Bravo dirigiéndose á ocupar el Puente del Rey, posicion casi inexpugnable. Dueño Bravo de ella, lo era del camino á la capital, y siguiendo el sistema de orden que le había distinguido desde el principio de la insur-

Ataca Bravo á Jalapa.—Es rechazado.—Situase en el Puente del Rey.—Medidas de orden de Bravo.—Sus relaciones con el comercio de Veracruz.—Su generoso carácter.

1812.

reccion, dejaba «libre el tránsito para los efectos comerciales mediante una contribucion que impuso sobre cada fardo; pues aunque este comercio por medio de los insurgentes estuviere severamente prohibido por el Gobierno, el interés privado se sobreponía á todo y encontraba medios para eludir las medidas dictadas por las autoridades. El carácter personal de Bravo facilitaba este género de relaciones, y aún daba lugar á otras de diversa naturaleza: generoso y magnánimo en su conducta con los españoles, nunca derramó su sangre sino en el campo de batalla, y muy léjos de perseguirlos, fué el protector de cuantos pudo salvar de la muerte; con lo que aquellos se acostumbraron á considerarlo como un enemigo político, pero como un amigo personal: de aquí procedió que los desertores de las tropas que iban de España, los soldados que quedaban enfermos y rezagados en los ardientes climas de la provincia de Veracruz, y los prisioneros cogidos en los diversos reencuentros, se alistaban con gusto bajo sus banderas. Los comerciantes de Veracruz, aunque decididos defensores de la causa española, seguían comunicaciones con Bravo, para proporcionar el tránsito de sus mercancías, franqueándole ropa para su gente y haciéndole frecuentes obsequios de comestibles; de modo que Bravo en su campamento no sólo tenía cuanto era menester para su tropa, sino todas las delicadezas y regalos para su persona.»

Llega Morelos á las inmediaciones de Oajaca.—Estado de defensa de esta ciudad.—Fuga del Obispo.

Las dificultades que presentaba el camino, pues era menester conducir algunas veces la artillería á brazo, y pasar infinidad de rios crecidos todavía, fueron causa de que marchara con mucha lentitud, y no llegara Morelos hasta el veinticuatro de Noviembre, á una finca distante doce kilómetros y medio de Oajaca, sin haber tenido el más pequeño encuentro con las tropas reales. Se habían construido fortificaciones en Oajaca bajo un

1812.

plan aprobado por el Gobierno; un catalan inteligente en fundiciones había hecho treinta y seis cañones de diversos calibres, granadas y otros proyectiles; tenían en la ciudad abundancia de municiones, muchas de las cuáles se habian llevado de Goatemala, y la gente armada no era de ménos de dos mil hombres, entre los españoles avecindados en la ciudad y los de los contornos, los eclesiásticos que el Obispo había levantado, y la tropa que habfa vuelto con Régules de Huajuapán y la Mixteca. A pesar de estos elementos, el teniente general González Saravia, que mandaba la plaza, no cesaba de pedir auxilios al Virey.

El obispo Bergosa, que había hecho muchos esfuerzos para animar al pueblo contra los insurgentes, luégo que supo que éstos se dirigían á Oajaca, se fugó tomando el camino del istmo de Tehuantepec para Veracruz.

El veinticinco por la mañana muy temprano, intimó Morelos la rendicion en el término de tres horas, y no habiéndosele dado contestacion atacó á Oajaca á las once. Venció Morelos á las dos horas, «en términos,» dijo en sus declaraciones, cuando se le juzgó, «que á las dos de la tarde ya estaba él en la plaza mayor, y á las tres, comiendo en la casa de un europeo apellidado Gutiérrez.» Se repitieron en Oajaca los crímenes habituales de los insurgentes: entraron en las casas y las tiendas de los españoles, que fueron completamente saqueadas: se respetaron los conventos y las riquezas depositadas en ellos; pero despues hizo sacar Morelos todo lo que había perteneciente á los españoles, lo destinó para los gastos de su ejército, y publicó un bando para que todo se presentase, con lo que recogió grandes sumas de dinero, y sobre todo de grana, rico renglon que constituía el principal comercio de aquella provincia. En este ataque figuró por primera vez entre los insurgentes el nombre de Don Félix Fernández, que trocó

Ataque, toma y saqueo de Oajaca.—Don Félix Fernández.—Manda Morelos fusilar á vários españoles.